

Josep M. Espinàs: «Aproximación a: José M^a Subirachs», CICF, Barcelona, noviembre de 1958, p. 4

Hemos subido a un ático en el corazón del Pueblo Nuevo, donde vive el escultor José María Subirachs. Los escultores suelen vivir en una planta baja. Subirachs no. Recordemos que ganó el Gran Premio San Jorge con una pieza titulada *La Catedral*, recordemos –aquí arriba- sus hierros esbeltos y nerviosos, y nos parecerá lógico que Subirachs, escultor de líneas rectas, ángulos altos y nidos de aire, viva en este ático.

-Pero primero pasé por una fase mediterránea, sensual. Nos enseña unas figuras femeninas según los cánones de La Ben Plantada-. Luego fue afirmándose en mí la tendencia al abstractismo. Quizá el auge del abstractismo se explique porque las figuras inmóviles llegan a cansar, y se hace necesario refrescarse, liberarse. ¿Qué lo abstracto, como puede pensarse, es inhumano? No, al contrario. Más humano. Una pintura de Rembrandt es bella, pero también es naturaleza que pinta. El cuadro abstracto, aunque se inspire en la naturaleza, lo hace con menos intensidad, y en él hay por tanto una mayor parte del hombre que lo ha pintado. De ahí que, en realidad, sea más humano.

José M^a Subirachs es el autor de la primera escultura abstracta expuesta en nuestro país en la vía pública: la que preside la entrada en los Hogares Mundet.

-Sí, es verdad, el hierro es el material que se lleva mis preferencias. Sus formas naturales son dramáticas, nerviosas, sobrias. Resulta un material escultórico de gran modernidad. También he trabajado con bronce y tierras.

Hemos visto estas tierras. Les da una pátina, un tratamiento tan grave y rico que casi las mineraliza, como si añorara el hierro.

-La piedra, en cambio, no es de mi gusto. Demasiado redonda sin duda, más dada a la suavidad que a la violencia, al peso que al vuelo, a la planta baja que al ático.

-Los escultores encontramos las ideas en las materias. La piedra me frena con los volúmenes; el hierro me aviva con las líneas.

Luego nos dice algo que escuchamos mirando una característica pieza suya, hecha de planos y espacios de aire, y no sabemos si en realidad es el hombre quien se confiesa o estamos leyendo en su obra.

-Yo habría querido ser arquitecto. Mi escultura está preocupada por la distribución de los espacios, y éste es un problema de arquitectura.

En esos planos en torsión, en esas exactas, rotundas alianzas de rectas y curvas, descubrimos la pasión del rasgo intuitivo inicial, y encima, como un amoroso castigo, el cálculo matemático.

-Si no fui arquitecto, he trabajado como mecánico, he hecho estampados, he tenido que ganar para vivir. Hasta que pude dedicarme exclusivamente a la escultura. Sí, hará unos cinco años. Me casé hace tres.

José M^a Subirachs está ante un buen momento de su vida. Nació en Barcelona, trabajó en el taller de Enrique Casanovas, ha ganado el primer premio de Escultura “Salón de Jazz”, 1953, y este año el Gran Premio San Jorge y el Premio Julio González, ha expuesto en diversas ciudades de Europa y sus piezas están esparcidas por varios países.

-Cuando concurrí a la exposición del parque de Middelheim, de Amberes, hice la escultura allí mismo. Era más fácil trasladar a Amberes al escultor que una pieza monumental. Sí, es verdad, suelo proyectar mis obras para grandes dimensiones. Pero, por lo general, la economía impide realizarlas como deseaba.

Sonríe. Pero casi imperceptiblemente. Subirachs no se excede nunca: practica una constante contención, excepto las manos. Cuando explica algo, las manos dibujan en el aire los objetos de que habla.

-El dinero me interesa como medio; si me basta, no siento la necesidad de ser rico.

Le digo que será rico porque estoy convencido de ello.

Pasamos a su taller y me enseña algunas piezas. Les va dando vueltas sobre el mármol. Subirachs no ama las medias tintas. Los planos cortantes de sus obras están hechos para que, desde cualquier foco de luz, la pieza presente solamente luces y sombras. Es decir, Subirachs no es amigo del compromiso. Veo un Crucificado, un Jesús en la columna, una Virgen. La estilización expresionista se ayuda con el tinte violeta patético dado a la tierra del Crucificado, o con el amable, frutal dorado que tiñe la tierra de la Virgen.

-La materia ha de ser tratada de modo que parezca que, hiriéndola, va a brotar sangre de la escultura. Y hay que cuidar mucho estas superficies, para que la pieza no dé la impresión de algo nuevo, sino de algo hecho desde siempre y para siempre.

Subirachs prepara para el C.I.C.F. una exposición de objetos de arte religioso: esos objetos que es tradición colocar en nuestras casas, y que hoy es preciso poner al día para que vayan de acuerdo con la decoración y la sensibilidad modernas. Una Cena, por ejemplo.

Sigue dando vueltas, lentamente, sobre el mármol, a dos formas escultóricas puras. En sus dedos hay la paciencia y la calidad del artesano. Subirachs ha nacido en este Pueblo Nuevo, donde, a su regreso de Bélgica, vive provisionalmente –según dice- y donde estará siempre sentimentalmente -según nos parece-. Por la ventana abierta nos llegan los ruidos metálicos de los chatarreros, de los cien talleres de los alrededores.

-Me gusta la ciudad. Me gustan las cosas sofisticadas. Aquí uno se encuentra solo y cómodo. La naturaleza me da miedo, a veces, o quizás celos. ¡Para trabajar, Dios tenía unas herramientas tan buenas!

Uno tiene la seguridad de que Subirachs purifica día a día sus herramientas: su sensibilidad, sus pensamientos. En fotos antiguas llevaba el cabello largo. Ahora le ha dado un corte monacal. Su tez es pálida, sus rasgos se afilan en un secreto patetismo, los ojos con una fija fuerza. Detrás de su cabeza veo un grabado de la *Torre de Babel*, de Brueghel. No me extraña que Subirachs lo admire. Admira el esfuerzo del hombre que lucha con sus armas de hombre: la admiración, la sed de altura, el trabajo infatigable sin pensar en la victoria ni en la derrota, sino en la intención. Escultor abstracto, ama la pura, la espiritual insatisfacción del hombre.